

RECUERDO Y PRESENCIA DE DON RAFAEL CASTEJÓN

RAFAEL GRACIA BOIX
ACADÉMICO NUMERARIO

¿Habrán Rafaeles en Córdoba?; muchos de ellos de alta prosapia, con pomposos y relumbrantes títulos nobiliarios, con resonantes hechos heroicos, con limpias ejecutorias de hombres de bien, de indudables méritos, pero, don Rafael por antonomasia, ése no ha habido nada más que uno, y tardarán años, tal vez siglos, en que alguien pueda tomar la antorcha del relevo de tan alta personalidad; nos estamos refiriendo, y creemos que no precisa de aclaraciones, a ese gran cordobés de pro, bondadoso y afable, que se llamó don Rafael Castejón y Martínez de Arizala.

Los que tuvimos el honor de compartir con él muchas horas de amena conversación, sabemos que siempre y en todo momento a floraba su erudición con humildad y modestia; hablar de don Rafael es como “hablar de la mar y los barcos”, como se dice vulgarmente, porque don Rafael era una institución admirada y respetada, quizás más fuera que dentro de Córdoba.

Cuando alguna autoridad cultural o científica visitaba nuestra ciudad siempre acudía a don Rafael como acompañante; él mismo nos ha dejado constancia de algunas de ellas, poniendo además de relieve su cordobesismo. Así nos dice que

«Cuando vino a Córdoba el profesor de Historia de la Universidad de Roma, Sig. Ettore Pais, le acompañaré porque mostró deseos de visitar también los alrededores de la ciudad para abarcar de una ojeada el panorama, y ya desde un ligero alcor serrano, tendiendo su vista octogenaria por el valle bético declaró: *Así había de ser la patria de Séneca*».

«Fue también por ese tiempo –comenta en otro lugar– cuando Rudolf Stammler, el alemán historiador de la Filosofía del Derecho, igualmente en visita a Córdoba, desde los pies de la sierra, abarcando la ciudad, decía: *En mis setenta años largos de vida jamás he sentido una plenitud igual a la que ahora disfruto*.

También acompañó a Antonios Antoniades, profesor de Historia en la Universidad de Atenas, del que contaba le había declarado:

«Vengo de recorrer Europa, con sus sombríos campos dramatizados por el comunismo, y al llegar a las claridades mediterráneas, encuentro que Córdoba era como de diáfanas esencias ambientales».

Igual le sucedía al pensador español Ortega y Gasset, que cuando venía por aquí, era para él visita obligada a don Rafael, quien en cierta ocasión le comentó que era

«Córdoba una de las ciudades que mejor huelen en el mundo, y por esto yo procuro venir todos los años a Córdoba, a oler, a aspirar el delicioso perfume de sus calles y de sus campos».

Lógicamente como buen cordobés esto le llenaba de gozo y satisfacción; sin embargo, en una de sus casi diarias tertulias, aclaró que esto que decía Ortega era una verdad a medias, pues su muy frecuente paso por Córdoba se debía a que tenía a su madre sepultada en la industriosa villa de Puente Genil, y además a rememorar los floridos años de su juventud cuando vivió en el chalet de la Avenida de América —que después fue de Manolete— construido por el ingeniero militar Juan Tejón y Marín, para su padre el gran periodista José Ortega y Munilla; por cierto, nos contaba don Rafael, que Ortega y Munilla escribía sus artículos periodísticos con el titular de cabecera: “Desde mi cortijo”, y los cordobeses se enfadaron muchísimo por considerar que lo decía en tono despectivo de Córdoba; sin embargo era porque cuando Ortega y Munilla se refería a su domicilio, le llamaba “mi cortijo”, debido a que en aquellos tiempos se hallaba en las afueras de la ciudad.

En fin, para qué continuar sacando tantas y tantas anécdotas, cambios de impresiones, pensamientos y frases en todos los sentidos, pronunciadas por las personas más sabias e ilustradas de todos los confines de la tierra, de las que guardaba un inmenso arsenal.

En mis peregrinajes por varios países europeos, cuando en el mundillo intelectual hacía constar mi naturaleza cordobesa, raro era el interlocutor que no lo asociara a don Rafael y me inquiriera noticias acerca de su portentosa personalidad, y por mis vínculos con el mundo veterinario, he conocido a muchos de estos profesionales, unos que me honran con su amistad y otros que, al saber que era hijo de Córdoba, inmediata e ineludiblemente salta a la palestra la gran figura de don Rafael para ensalzar su inmenso prestigio como científico y humanista, pero esto carecería de valor si hubieran sido sus alumnos —a los que dicho sea de paso, respetaba, aconsejaba y animaba— siendo todo lo contrario, habían estudiado en otras facultades como la de Barcelona o León, y sólo por este hecho, me consta que los veterinarios de Córdoba tienen a los ojos de los demás compañeros un bien ganado prestigio y admiración dentro de la profesión.

En otro orden de cosas, estaba su gran sabiduría y conocimientos de la historia patria, de su intuición y deducciones en cuestiones arqueológicas para resolverlas, pues no hay algún trabajo referente a la historia de Córdoba que no se apoye en alguno de los estudios de don Rafael, sus magníficos tratados referentes al período musulmán, de los que dan fe nuestro *Boletín* —que con sólo enumerarlos consu-

miríamos el tiempo asignado— de ahí que fuera reputado como gran arabista, porque no en balde en los tomos IV y V de la magna obra la *Historia de España*, dirigida por Ramón Menéndez Pidal, en los tomos IV y V, escrita por el gran arabista E. Levi Provençal y traducida por el actual maestro del arabismo español Emilio García Gómez, hay cerca de medio centenar citas tuyas que le avalan como tal, y no menos son sus interesantes contestaciones a los discursos de ingreso de académicos numerarios en esta docta casa, entre ellos al del que os habla, al que por expreso deseo, tuvo la gentileza, amabilidad y deferencia de responder.

A qué seguir con más recuerdos de este prócer amantísimo de su tierra cordobesa. Si físicamente dejó este mundo, no por ello deja de estar presente en los corazones de todos aquellos que lo tratamos y nos brindó su amistad, y aún su espíritu se halla entre nosotros y su voz cadenciosa podemos escucharla, ¡¡poned atención!!

«... no sé si yo mereceré ir a la altura, y esos nuevos ángeles me llevarán porque mis pecados son muchos, pero, en este período en que el alma flota; en que en el juicio eterno la están examinando para ver si merecemos subir más o alzarnos a los profundos infiernos, pues buscar mi espíritu por esas cumbres de la sierra de Córdoba, que van desde las cumbres de San Jerónimo a las cumbres de las ermitas, ahí hay gran parte de mi sangre, de mi familia, y desde luego, al espíritu que todos los cordobeses tenemos de admiración hacia nuestra sierra, perfumada, gloriosa, llena de santos y mártires, y ruinas venerables...».

Peor todo ello, si cuando Dios nos llame para juzgar nuestro paso por la tierra, tuviera la benevolencia de absolvernos y dejarnos en libertad, podéis estar seguros que nuestro espíritu iría vagando por estas cumbres hasta encontrar a don Rafael y proseguir gozando de su fraternal amistad y continuar deleitándonos con sus amenas, entrañables y deliciosas conversaciones.